

de oro que es algo mas de la suma, y mañana me dareis la vuelta.

—No quiero limosna, dijo el español rehusando la pieza de oro.

—Pero advertid que esta no es limosna, sino el precio de un retrato que habeis de hacerme. Tomad, escribid á la luz del farol que alumbrá á esa virgen, un billete concebido en estos términos:

«He recibido el precio del retrato que deberé entregar al portador de este billete.»—Firmad.

El español hizo lo que le dijo el rey, que continuaba embozado en su capa, y puso al pie del papel el nombre de Sanchez Coello. En seguida iban á separarse los dos cuando el pintor llamó al desconocido.

—¿Pero como os he de hallar si no sabeis, ni aun yo mismo sé donde voy á alojarme?

—No tengais cuidado, yo os buscaré.

Sanchez tomó la bolsa que contenía sus pinceles y sus colores, se la echó á la espalda, y se dirigió á una fonda: llamó á la puerta y consiguió no sin algun trabajo que le abrieran.

En la mañana siguiente todavía estaba durmiendo, cuando entró un criado en su cuarto preguntando por él.

—Señor, le dijo, hace muchos dias que ando buscando por toda la ciudad de Bruselas. Es preciso que inmediatamente paseis á ver á S. M. C. Felipe II que ha mandado llamaros.

—¿El rey?

—Su magestad en persona.

—Pero yo no estoy en estado de presentarme delante de un monarca, con esta ropa destrozada.

—Es menester obedecer á S. M. porque á S. M. no le gusta esperar. Venid ahora mismo sin que os dé cuidado el traje.

Y condujo á Sanchez Coello que se preguntaba á sí mismo que cosa tendría que mandarle Felipe II, y como el rey de España y de los Países Bajos habria sabido que existía en el mundo un Sanchez Coello y que este Sanchez habia llegado á Bruselas.

Halló á Felipe II, segun su costumbre, vestido de negro y rodeado de los principales señores de su corte: no sin vergüenza y repugnancia penetró Coello con su miserable vestimenta en la régia estancia por entre aquella brillante turba de cortesanos.

—Señor Alonso Sanchez Coello, le dijo el príncipe, nuestra muy amada hermana nos ha dicho que estáis en Bruselas y nos recomienda eficazmente á su pintor favorito. Quisiéramos, pues, deber á vuestro talento un cuadro que represente algunos pasages de la vida de nuestro bienaventurado patron San Felipe, para adornar con él la iglesia de Santa Ursula el dia mismo de la fiesta de San Felipe que será dentro de un mes.

—Algo corto es el plazo, pero por complacer á V. M. y probarle mi reconocimiento por su generosa acogida me comprometo á concluir el cuadro la vispera de San Felipe.

—Acepto vuestra palabra: en mi palacio se os dará una habitacion y un obrador: nuestra servidumbre toda está á vuestra disposicion y nuestro tesorero os facilitará las sumas que necesiteis.

Sanchez Coello creyó estar soñando, pero su sueño era una realidad. No pudo dudar de ella al verse en posesion de una habitacion casi régia, rodeado de criados puestos á su disposicion, y en frente de su caballete y de un gran lienzo, en el cual principió desde luego el bosquejo del cuadro pedido por el rey.

A pesar del afan y perseverancia con que Coello trabajaba en este cuadro, la obra era tan colosal, que le fué preciso pasar muchas noches en vela para tener alguna esperanza de poder concluir la en el dia prefijado. Prometiase empero poder cumplir su palabra, no levantando mano y sacrificando hasta su reposo. Animado, pues, de esta esperanza hallabase un dia trabajando cuando de

repente vió entrar en su cuarto á un desconocido que al verle exclamó;

—Al fin os he hallado; bastante trabajo me ha costado.

Pero ¿cómo habia de imaginar que el hombre que queria ahogarse, falto de pan, habia de estar alojado en el palacio del rey y con yo no sé cuantos criados á su servicio? Ea, pues, mi muger se llama Felipa; me debeis mi retrato que os he pagado anticipadamente, y es preciso que me lo hagais pronto para regalárselo el dia de su santo.

Sanchez procuraba, mientras este hombre le hablaba, reconocer su voz, y lo que de sus facciones habia podido descubrir en la noche de su rara aventura; pero nada encontraba de lo que recordaba haber visto y oido: mas como este hombre le hablaba de circunstancias, que nadie mas que él podia saber, y sobre todo le presentó el papel escrito á la luz del farol de la virgen, le respondió que estaba pronto á pagar su deuda, pero no para la fiesta de San Felipe, porque necesitaba acabar un cuadro, que con urgencia le habia encargado el rey.

—Antes soy yo que el rey; quiero decir, que antes que él os encargué mi retrato, y si no hubiera sido por mí, á estas horas no tendríais la paleta en vuestras manos. Reclamo pues mi retrato, debeis hacérmelo, sino quereis pasar por embustero.

—Teneis razon, dijo Sanchez, conozco que arriesgo mi fortuna; faltar á la palabra al rey es perderlo todo: pero no importa, sentaos aqui y descansad.

Así lo verificó el desconocido y Coello principió el retrato. Era aquel de hermosa fisonomia, llena de inteligencia y de finura; miraba trabajar con curiosidad á Coello, y aun dió á entender ser inteligente en la pintura, segun pudo colegir el pintor de tres ó cuatro observaciones que se le escaparon involuntariamente.

Despues de seis horas de trabajo se halló bastante adelantado el retrato, y poco tiempo mas era necesario para concluirle. Sanchez descansó y citó á su modelo para el siguiente dia.

Era este la vispera de San Felipe. Sanchez concluyó el retrato; pero necesitó velar aquella noche, pues el cuadro del rey aun no estaba concluido, y el pintor abrumado de fatiga manejaba todavía la brocha y el pincel cuando Felipe II entró en el obrador.

Al ver que el cuadro no estaba acabado, el semblante del rey espresó un vivo desagrado.

—Me habeis faltado á la palabra, dijo al pintor con aquel tono severo, que mató en otro tiempo al viejo ayuda de cámara del monarca.

Sanchez bajó la cabeza y nada respondió. El rey dirigió entonces su vista á su alrededor y vió el retrato del desconocido.

—¡Por San Felipe! exclamó; os habeis entretenido en hacer el retrato de un particular en lugar de ocuparos de mi cuadro! Gracias á vuestra exactitud, ya no podré hoy presentar la ofrenda del cuadro que os habia encargado, y la ceremonia tendrá que suspenderse por vuestra causa. Este es un negocio grave, maestro Coello.

Salióse en seguida dejando al pobre pintor en la mayor consternacion.

Media hora despues recibió Coello la orden de presentarse inmediatamente al rey. Obedeció el desgraciado artista, y no sin terror vió al gran preboste sentado en la sala de recibimiento contigua al departamento de Felipe II.

—Maestro Alfonso Sanchez de Coello, dijo el rey, me habeis faltado á la palabra; pero en cambio habeis cumplido una promesa que me habeis hecho.

El español le miró con sorpresa.

—Sí, continuó el príncipe, el rey y el desconocido que encontrásteis aquella noche son una misma persona, con la sola diferencia de haberos enviado en mi lugar para que lo retratáseis al mas celebre profesor que po-